

— ¡Bravo dolor... eso de dejar de celebrar el grito!...
¡Si todavía nos acobijamos con la patria!

— ¡Tiene, razón!...

Y el sentimiento que animaba á aquellos soldados era tan enérgico y tan tierno que habría conmovido á las piedras.



La buena diligencia de aquellos pobres, aunque des-
arrapados patriotas, concluyó por encontrar unas cuantas
rajitas de leña, que empezaron á encender con verdadero
brío soplando con boca y narices, como si hubieran sido
ángeles de colateral de los que la fantasía de los alumnos
de don José Churriguera puso siglos ha en las viejas

construcciones, con algún caracol marino, con algún
instrumento músico ó con los carrillos hinchados para
que pareciera que cantaban.

A poco una llamita azulosa, temblona, vacilante, que
parecía fuego fatuo, iluminaba el patio, antes sumido en
densas tinieblas. Juárez estaba en pie, metido dentro de
un capotillo con esclavina que le daba aspecto clerical.
La gente toda se había ido levantando, primero los seño-
res, los diputados, los ministros, los generales, los em-
pleados de alto coturno, y al fin los covachuelistas como
Brambila, embozados en el poncho, zarape ó frazada que
le deparaba su buena fortuna, asombrados, risueños, en-
ternecidos en parte preguntándose el objeto de aquello
que parecía una conspiración, en parte dándose por
enterados de que aquélla era la noche más bella de toda
nuestra vida de pueblo que ha batallado por su existencia
libre y la prefiere á cualquier otro bien pasado ó pre-
sente.

Como si la llamita temblona y azulosa hubiera sido
una evocación, las ventanas de la cuadrilla empezaron á
iluminarse y á aparecer cortinas formadas de sábanas, de
ponchos y de sobrecamas; Juárez armó á toda prisa un
tinglado que daba la hora, con una mesilla paticoja,
con unos cuantos trapos recogidos aquí y allá y con unos
clavos de los que habían sujetado los cajones que había
traído la comitiva; una tambora empezó á gruñir imitando

á veces al cerdo en la zahurda, á veces á la tempestad en el monte y á veces al rodar de los armatostés de un monumento dentro de las naves de una catedral. Negrete acababa de sacar de su baúl un riquísimo zarape del Saltillo, verde, blanco y rojo, con su águila respectiva parada en el nopal, destrozando á la víbora que yacía vencida y sojuzgada.

Y así se organizó aquella procesión única en su género, formada por el Presidente de la República, por sus ministros, por las autoridades superiores, por soldados medio ebrios, medio desnudos y medio hambrientos, por chicos que bostezaban, por señoras nada acostumbradas á meterse en aquellos trotes y por rancheros asombrados, que por primera vez en su vida veían una celebración así. A la comitiva se había añadido un violín chillón y bellaco, que plañía desconsolado como si le destrozaran la caja y las cuerdas, y la tambora mezclaba su sonido grave, intermitente, cansado, á las disonancias del viejo instrumento, que parecía extrañar las danzas sagradas de los indios y las cabelleras obtenidas en las luchas contra el blanco. Los chicos gritaban, gritaban los grandes, los soldados reían, los hombres serios contemplaban lo que el acto tenía de trascendental y todo el mundo se asombraba de no haber recordado en tiempo aquella fecha que era para todos el símbolo del hogar distante, de las gentes queridas, de la patria enlutada. de los sufrimientos y de

las angustias de aquella hora fatal. La luna apareció tras de las lomas vecinas, roja, congestionada, rompiendo un cendal de nubes y como deseosa de darse cuenta de lo que ocurría en aquel desierto lejano en que hasta entonces sólo se habían oído el grito destemplado del salvaje que atacaba al caminante descuidado y el chirriar de los carros que conducía el arriero, que por muchos años simbolizó en aquellos lugares la civilización humana y la solidaridad nacional.

Cuando menos se lo figuraba nadie se oyeron gritos:

— ¡Arriba el güero!

— ¡Sí, sí, arriba el güero! ¡Que nos diga algo!...

— ¡Arriba, arriba, Guillermo!

— Pero... pero si no tengo nada preparado...

— ¿Qué preparación se necesita para decir algo á estas gentes de buena voluntad? advirtió el *Parisiense*, que sin que nadie lo advirtiera se había reunido al grupo de alborotadores. Dí lo que te inspire este acto raro, tan raro que nunca volveremos á verle igual, y quítate de bullas. Si fueras á pronunciar tu mamarrachito delante de mamá Carlota, podías disculparte con que no estabas preparado; pero aquí, en el desierto, ¿quién demonios va á criticarte ni á saber si la epanadiplosis estuvo justa ó si la extenuación vino á su tiempo?

Pero los razonamientos del *Parisién* quedaron sofocados por la voz del populacho, que cogiendo á Guillermo

é izándole por fuerza le puso como quien dice la palabra en la boca.

Guillermo empezó como solía, débil, vacilante, titubeando, como si fuera un instrumento largo tiempo mantenido en olvido, quizás lleno de polvo y desafinado, pero con el caudal de sus voces tan claro y tan distinto como el primer día. Le oían todos un si es no es destanteados, decepcionados, sorprendidos, como si esperaran más y mejor que lo que escuchaban. Luego encontró una frase, quizás un efecto, quizás una nota que á él mismo le sorprendía, y sin que nadie lo aguardara rompió á hablar con una fluidez y una facundia que nadie le había visto ni en sus tiempos mejores: su discurso era imprecación, era grito, era protesta, era sátira, era requisitoria, era salmo y treno y apología y maldición y reto y burla. Salieron los chambelanes con su ridícula y carnavalesca indumentaria, los mensajeros de Miramar hincando la rodilla ante el archiduque, las viejas fatuas y necias que habían aceptado ser criadas de una extranjera, y juntamente con las barbas rubias de Maximiliano las canas blanquísimas de Hidalgo, las crueldades de Calleja y las de Dupin, las hazañas de Morelos y las de los guerrilleros del valle de México, la peregrinación de Hidalgo y la de Juárez, y todo reunido con un arte tan singular, con una verba tan caudalosa, tan noble, tan abundante, tan llena de imágenes, tan nueva, que al poder del evocador apa-

recían los gestos ridículos, las actitudes hieráticas, los sacrificios, las guerras, las muertes y las derrotas, como para que se vieran y se quedaran de por vida estampadas en la mente más rebelde al buril.

Aquellas caras tostadas, aquellas tapias, testigos no hacía mucho tiempo de las crueldades de los indios, aquella luz de luna que alumbraba las montañas que abrían una fracción de desierto todavía más augusta y temerosa que la que acababan de atravesar, aquel silencio, aquella actitud solemne de los soldados tendidos por el suelo ó sentados en postura de muñecos de códice, llevaron al colmo la inspiración que sacudía á Guillermo.

«La patria, concluyó, es sentirnos y hacernos dueños y
»hacernos amplios y grandes con nuestro cielo y nuestros
»campos, con nuestras montañas y nuestros lagos; es
»nuestra asimilación con el aire y con los luceros, ya
»nuestros; es que la tierra nos duela como carne y que el
»sol nos alumbre como si trajera en sus rayos nuestro
»nombre y el de nuestros padres. Decir patria es decir
»amor y sentir el beso de nuestra madre, las caricias de
»nuestros hijos y la luz del alma de la mujer que dice: «yo
»te amo.»

«Y esa madre sufre y nos llama para que la libertemos
»de la infamia y de los ultrajes de extranjeros y trai-
»dores.»

La gente, refería después el mismo orador, se agolpaba á la mesa, que flotaba como barca en recia borrasca; salían gemidos roncós de los labios y se enjugaban copiosas lágrimas de los ojos.

¡Los soldados! ¡oh, los soldados! estaban sublimes, se les veía el orgullo de ser los vengadores de la patria adorada; en sus aclamaciones vibraba la esperanza, los gritos presagiaban victoria...

El discurso se interrumpía, era diálogo, era alarido, era... expresión de lo que su alma sentía y reflejaba, y como lluvia de estrellas creía ver que caían de sus labios las palabras al hablar de Hidalgo y de la Independencia...

Nunca supo Guillermo cómo bajó al suelo: los soldados le daban abrazos; Juárez, Lerdo é Iglesias le felicitaban deplorando que no hubiera habido á mano un buen taquígrafo que pusiera por nota todos aquellos primores que habían salido de su boca, y entretanto, el violín se hacía rajas predominando su nota ríspida en el maremágnum en que se confundían vivas y mueras, disparos de armas, gritos de muchachos que echaban manchincuepas, lágrimas de viejos sirvientes de la hacienda que no creían que la voz y el intelecto humanos pudieran servir para sacudir, destrozar, atormentar y conmover corazones tan dura, tan despiadadamente como lo había hecho aquel catrincillo que á ratos parecía loco, á ratos payaso y

siempre hombre falto de seso; y la tambora ventruda y conciliadora mezclaba su nota bronca y apacible á las notas agudas que flotaban en la atmósfera.



Los soldados, después que las gentes de arraigo se hubieron retirado á sus habitaciones, cogieron por su cuenta el violín y la tambora y se fueron por las puertas de los aposentos que habitaban Juárez y los suyos cantando ora los *Cangrejos*, ora los *Moños verdes*, ya el *Palomo*, ya cualquiera de los sones populares en las regiones del país de donde procedía la gente. Pero lo que enterneció y cautivó hasta á los de corazón más pedernalino fué oír una canción que con la tonada del *Palomo* cantaron los *Juanes* y que decía así:

Si á tu ventana llega un papelito,
Abrelo con cariño, que es de Benito;
Mira que te precua felicitá,
Mira que le acompaña la libertá.

Tal fué la famosa celebración del diez y seis de Septiembre en la Noria Pedriseña.



CAPITULO X

De camino

I

DE la Noria á la hacienda de Sobaco y del Sobaco á Nazas, tuvieron que sufrir más los expedicionarios.

Una mañana se despertó Brambila cuando era ya día bien entrado: le llamaron á la vida unas risas que resonaban en la pieza vecina á la suya y que parecían venir empapadas en humedad y en alegría. Acababa de llover, y el rigor de aquel insoportable verano se había mitigado un tanto, sin que en los limbos del sueño reparador pudiera el que descansaba discernir si las risas influían sobre la frescura del ambiente ó si el aire saturado de humedad volvía más transparentes y más suaves las risas que llegaban á halagarle el oído. Al fin, poniendo más cuidado, recogió voces como: